

# EL TLCAN Y LA ARQUITECTURA<sup>1</sup>



Carlos Véjar Pérez-Rubio

*Señoras y señores  
Hoy trataremos del imperialismo  
tema difícil si los hay  
y a veces engorroso de sitiar  
en sólo media hora de pésimas noticias  
Teoría y práctica. Mario Benedetti*

**Toparse** en las páginas frontales de los periódicos con esas siglas, francamente abruma y desconcierta. La radio y la televisión saturan su tiempo con análisis e información, siempre parcial y subjetiva, sobre el tema. En efecto, no importa tanto la calidad, el contenido de los mensajes, sino el número de minutos, horas, páginas, tinta vertida en su tratamiento. De entrada se descalifica a la crítica y se intenta disminuirla, bien con epítetos o, simplemente, con ese alud de notas incondicionales en el cual queda sepultada.

Aparecer continuamente y/o en un lugar destacado, en un espacio de comunicación social, hace cobrar importancia (que no valor), trátase de un tema o una persona. Las estrategias de la publicidad se basan en ello. Nos viene a la memoria una película de los años cincuenta, en la que la protagonista, sencilla muchacha provinciana, se rebela ante el anonimato que impone la gran ciudad (Nueva York en este caso), a la que recién había arribado. Ingeniosa, se le ocurre invertir sus escasos ahorros en contratar el espacio de un enorme anuncio luminoso en Times Square, para inscribir en grandes letras su nombre: Gladys Zender. Huelga decir que en los días subsiguientes, cuando alguien se enteraba de su identidad, procuraba colmarla de favores y, desde luego, pedirle un autógrafo, pensando que se trataba de una celebridad (costumbre muy norteamericana, por lo demás). Y es que, en efecto, ya era una celebridad.

Cuando uno se detiene a observar con más o menos atención el despliegue publicitario que se ha hecho en torno al Tratado de Libre Comercio de América del Norte

(TLCAN) y a leer el pobre contenido de muchas de las notas con él relacionadas, su parcialidad extrema, no se puede dejar de pensar que, en el fondo, hay gato encerrado. Bastantes debilidades debe tener. Gremio tras gremio, organismo tras organismo, emite su opinión, la mayor parte de las veces confusa o francamente desproporcionada, como la del presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, quien declaró en Nueva York que sin el TLCAN no podría haber un cabal respeto a esos derechos en México. O la de los máximos dirigentes de los arquitectos, quienes soltaron, con el acostumbrado verbo demagógico, una serie de incoherencias en reciente asamblea del Colegio de Arquitectos de México celebrada... ¡en Los Pinos! Es evidente que existe la consigna de apoyar, en cuanto foro sea posible, el nebuloso proyecto de integración comercial de Norteamérica.

El tema de la arquitectura y todo lo que con él se relaciona, no deja de ser interesante para el análisis. Quedan comprometidos desde los aspectos ideológicos y culturales (los gustos formales, el uso y destino de los inmuebles, etc.), hasta los directamente relacionados con la economía, pasando por todo ese sinfín de condiciones físicas, psíquicas y ambientales que determinan la existencia del hombre. ¿Cómo afectará un tratado comercial de este tipo a la arquitectura, a los arquitectos y a la sociedad mexicana en general, que desarrolla su vida cotidiana en los espacios arquitectónicos existentes en este país? Importante pregunta cuyas respuestas, inexistentes todavía, merecerán una intensa reflexión. No se trata nada más de las influencias expresivas de nuestros enajenados posmodernistas autóctonos o del proliferar de marcas extranjeras o de la competencia lesiva y desproporcionada para el sector de arquitectos mexicanos que se desenvuelven todavía en el campo de la profesión liberal o el cambio de status para esa mayoría que vive de un salario, cuyo destino será ahora servir a patrones de otra lengua. Y los salarios, qué pasará con los salarios, y no estamos pensando aquí en los avecindados en las colonias burguesas de las poblaciones mexicanas, sino en los de origen popular, los de los barrios humildes, los que construyen sus propias obras arquitectónicas en arrabales carentes muchas veces de servicios... en fin. La misma

<sup>1</sup> Este artículo, relacionado con el TLCAN, fue publicado originalmente en la revista *De Arquitectura... Cuaderno de ensayo y crítica*, número 1, México, agosto de 1991. Volvemos a publicarlo 25 años después debido a que Donald Trump, flamante presidente de Estados Unidos, lo ha vuelto a poner de moda.

identidad nacional de nuestra arquitectura, de nuestras ciudades y regiones, estará en juego.

México. Cuántas sorpresas te depara todavía este siglo que agoniza. Cómo no pensar en esa trayectoria histórica al lado de “nuestros buenos vecinos” (hoy más que nunca es necesario releer aquel libro de Mario Gil: *Nuestros buenos vecinos*), los Estados Unidos del Destino Manifiesto y la política del gran garrote y *América para los americanos* y las mil y una agresiones a su patio trasero –América Latina y el Caribe– y a disparejas regiones de ultramar (*from the halls of Montezuma to the shores of Tripoli...* dice el himno de los marines estadounidenses, el cual sugerimos actualizar). Cómo no pensar en que es una ingenuidad creer que ochenta millones de mexicanos, de los cuales escasamente diez o quince por ciento tiene acceso al consumo, van a modificar en forma sustancial las condiciones del mercado de la región, sin cambios de fondo en su organización social. Cómo no pensar en que nuestra industria se verá pronto absorbida –más aún todavía– por las grandes empresas transnacionales, dueñas del capital y la tecnología. Cómo no pensar en que nuestro sino industrial es la maquila. Cómo no pensar que la reprivatización modernizadora no es más que el retorno maquillado de aquella política desarrollista que, en los años cuarenta, abrió las puertas del país por primera vez en mucho tiempo al capital extranjero e impulsó la privatización, incluso en el campo, haciendo a un lado importantes conquistas sociales del pueblo mexicano; la misma que planteaba, en la euforia de los negocios de propios y extraños, que primero es necesario crear la riqueza, para luego repartirla. Cómo no pensar que la supuesta recuperación económica del país es sólo visible para unos cuantos afortunados en quienes se concentra el ingreso de manera desproporcionada, pero no para la inmensa mayoría de la población, que depende de un mísero salario en el campo y la ciudad y tiene que sobrevivir, además, con el fantasma del desempleo o el subempleo amenazándola siempre. Nuestros migrantes. Cómo no pensar que el famoso TLCAN, con importantes aspectos del petróleo y la mano de obra mexicana incluidos, será, de concretarse, un instrumento más al servicio de Estados Unidos y su pregonado “nuevo orden mundial”, independientemente de algunos limitados beneficios que a nosotros (o a Canadá) pudiera acarrearlos. Cómo no pensar en la oposición que surge al tratado en el seno mismo de nuestro vecino del norte, por parte de los grupos ecologistas, los defensores de los derechos humanos y las grandes centrales sindicales. Cómo no pensar en los retos que implica el tratado para nuestra soberanía, para nuestra identidad nacional, tan diluida ya a estas alturas. Cómo no



pensar, pues, en sus probables repercusiones culturales e ideológicas, independientemente de las políticas, que ya se han mencionado. Cómo no pensar en el rostro de América Latina y en ese Tercer Mundo, tan explotado, tan marginal, tan dependiente, al cual, querámoslo o no, pertenecemos. Cómo no pensar en la lucha del pueblo de Puerto Rico, ganador del premio Príncipe de Asturias por su defensa del idioma español, pilar de su identidad latinoamericana y de su soberanía, aún por alcanzar. Cómo no pensar en el triste espectáculo que ofrece el coro de intelectuales entonando loas, del que sólo algunas voces dignas y valerosas discrepan. Cómo no pensar, como Mario Benedetti, que:

... la consigna es vivir a pesar de ellos  
al margen de ellos o en medio de ellos  
convivir revivir sobrevivir vivir  
con la paciencia que no tienen los flojos  
pero que siempre han tenido los pueblos.

La consigna es joderles el proyecto  
seguir siendo nosotros y además formar parte  
de esa linda tribu que es la humanidad  
qué proeza si arruináramos nuestra ruina y de paso  
liberáramos nuestra liberación...<sup>2</sup>

**Carlos Véjar Pérez-Rubio** (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Director general de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Es autor de siete libros individuales, los más recientes de ellos *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014) y *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015). Ha coordinado los libros: *Globalización, comunicación e integración latinoamericana* (CEIICH-UNAM, 2006); y *El exilio latinoamericano en México* (CEIICH-UNAM 2008, segunda edición CIALC-CEIICH 2010). Trabajos suyos han sido publicados en nueve libros colectivos.

<sup>2</sup> “Ciudad en que no existo”. Mario Benedetti, en *La casa y el ladrillo*, Siglo XXI, México, 1988, p. 77.